

**SAB.**

## **SEGUNDA PARTE.**

### **CAPITULO I.**

—«Escúchame que no será largo; la historia de un corazón apasionado es siempre muy sencilla.» **ALFREDO DE VIGNI.**

**CINQ—MARS.—Una conspiración.**

**E**RA una de aquellas hermosas noches de los trópicos: el firmamento relucía reanimado de estrellas; la brisa susurraba entre los inmensos cañaverales, y un sin número de cocuyos resaltaban entre el verde

oscuro de los árboles y volaban sobre la tierra, abiertos sus senos brillantes como un foco de luz. Sólo interrumpia el silencio solemne de la media noche el murmullo melancólico que formaban las corrientes del Yñima, que se deslizaba á espaldas de los cañaverales entre azules y blancas piedras, para regar las flores silvestres que adornaban sus márgenes solitarias.

En aquella hora una muger sola, vestida de blanco, atravesaba con paso rápido y cauteloso los grandes cañaverales de Bellavista, y se adelantaba guiada por el ruido de las aguas, hácia las orillas del rio. Al ligero rumor de sus pisadas, que en el silencio de la noche se percibía claramente, levantóse de improviso de entre las piedras del rio, la figura de un hombre de aventajada talla, y se oyó distintamente esta exclamacion; proferida al mismo tiempo por los dos individuos que mutuamente se reconocian. —Teresa! Sab!— El mulato la tomó por la mano y haciéndola sentar sobre las piedras de que acababa de levantarse, postróse de rodillas delante de

ella.—Bendita seas Teresa! Mabels venido como un ángel de salvacion á dar la vida á un infeliz que os imploraba; pero yo tambien puedo daros en cambio esperanza y consuelo: nuestros destinos se tocan y una misma será la ventura de ambos.

No te comprendo, Sab, contestó Teresa; he venido á este sitio porque me has dicho que dependia de ello tu felicidad, y acaso la de otros: respecto á la mia, no la deseo ni la espero ya sobre la tierra.—Sin embargo, al hacer mi dicha hareis tambien la vuestra, la interrumpió el mulato: un acaso singular ha enlazado nuestros destinos. Teresa! vos amais á Enrique y yo adoro á Carlota: vos podeis ser la esposa de ese hombre, y yo quedaré contento con tal que no lo sea Carlota. ¿Me entendéis ahora?—Sab, repuso con melancólica sonrisa la doncella, tú deliras seguramente: ¿yo puedo ser, dices tú, la esposa de Enrique?—Sí, vos podeis serlo, y soy yo quien puede daros los medios para conseguirlo.

Teresa le miró con temor y lástima:

sin duda creyó que estaba loco. Pobre Sabi dijo ella, desviándose involuntariamente; cálmate en nombre del cielo; no estás en tu juicio cuando crees...—Escuchadme: interrumpió con viveza Sabi sin darle tiempo de concluir la frase que había comenzado. Escuchadme! aquí en presencia del cielo y de esta magnífica naturaleza, voy á descubrir os mi corazón todo entero. Una sola cosa osijo de vos: prometedme que no saldrá de vuestros labios una sola palabra de cuantas esta noche me escuchareis.—Te lo prometo,—Teresa! prosiguió él, sentándose á sus pies: vos sabeis que este desventurado se atreve á amar á aquella cuya huella no es digno de besar, pero lo que no podeis saber es cuan inmensa, cuan pura es esta pasión insensata. ¡Dios mismo no desdñaría un culto semejante!

Yo he mecido la cuna de Carlota: sobre mis rodillas aprendió á pronunciar—te amo—y á mí dirigieron por primera vez sus angelicos labios esta divina palabra. Vos lo sabeis Teresa; junto á ella he pasado los dias de mi niñez y los primeros

de mi juventud: dichoso con verla, con oirla, con adorarla, no pensaba en mi esclavitud y en mi oprobio, y me consideraba superior á un monarca cuando ella me decia: «te amo.»

El mulato, cuya voz fue sofocada por la conmocion, guardó un instante de silencio y Teresa le dijo:—Ya lo sé Sab; sé que te has criado junto á Carlota; sé que tu corazon no se ha entregado voluntariamente á una pasion insensata, y que solo debe culparse á aquellos que te espusieron á los peligros de semejante intimidad.—Los peligros! repitió tristemente el mulato; ellos no los preveian, porque no sospecharon nunca que el pobre esclavo tuviera un corazon de hombre: ellos no creyeron que Carlota fuese á mis ojos sino un objeto de veneracion y de culto. En efecto, cuando yo consideraba aquella niña tan pura, tan bella, que junto á mí constantemente, me dirigia una mirada inefable, parecíame que era el ángel custodio que el cielo me habia destinado, y que su mision sobre la tierra era conducir y

salvar mi alma. Los primeros sonidos de aquella voz argentina y pura; aquellos sonidos que aun parecían un eco de la eterna melodía del cielo, no me fueron desconocidos: imaginaba haberlos oído en otra parte, en otro mundo anterior, y que el alma que les exhalaba se había comunicado con la mía por los mismos sonidos, antes de que una y otra descendieran á la tierra. Así la amaba yo, la adoraba desde el primer momento en que la vi recién nacida, mecida sobre las rodillas de su madre. Luego la niña creció á mi vista y la hechicera criatura convirtiéndose en la mas hermosa de las vírgenes. Yo no osaba ya recibir una mirada de sus ojos, ni una sonrisa de sus labios: trémulo delante de ella un sudor frio cubria mi frente, mientras circulaba por mis venas ardiente lava que me consumia. Durmiendo aun la veia niña y angel descansar junto á mi, ó elevarse lentamente hacia los cielos de donde habia venido, animándome á seguirla con la sonrisa divina y la mirada inefable que tantas veces me habia dirigi-

do.—Pero cuando despertaba era la mujer y no el ángel la que veían mis ojos y amaba mi corazón. La mujer más bella, más adorable que pudo hacer palpitár jamás el corazón de un hombre: era Carlota con su tez de azucena, sus grandes ojos que han robado su fuego al sol de Cuba; Carlota con su talle de palma, su cuello de cisne, su frente de 15 años... y al contemplarla tan hermosa; pensaba que era imposible verla sin amarla; que entre tantos como la ofrecerían un corazón encontraría ella uno que hiciese palpitár el suyo, y que para él serían únicamente todos los latidos de aquel hermoso seno, todas las miradas de aquellos ojos divinos y las sonrisas de aquellos labios de miel.

Teresa! añadió bajando la voz que había sido hasta entonces llena, sonora y clara, y que fué luego tomando gradualmente un acento más triste y sombrío. Teresa! entonces recordé también que era vástago de una raza envilecida! entonces recordé que era mulato y esclavo...! Entonces mi corazón abrasado de amor y de

zelos, palpité también por primera vez de indignación, y maldije á la naturaleza que me condenó á una existencia de nulidad y oprobio; pero yo era injusto, Teresa, porque la naturaleza no ha sido menos nuestra madre que la vuestra. ¿Reusa el sol su luz á las regiones en que habita el negro salvaje? ¿Sécanse los arroyos para no apagar su sed? ¿No tienen para él conciertos las aves, ni perfumes las flores?... Pero la sociedad de los hombres no ha imitado la equidad de la madre común, que en vano les ha dicho:—sois hermanos!—Imbécil sociedad, que nos ha reducido á la necesidad de aborrecerla, y fundar nuestra dicha en su total ruina!

Calló un momento, y Teresa vió brillar sus ojos con un fuego siniestro.—Sabí dijo entonces con trémula voz; ¿me habrás llamado á este sitio para descubrirme algún proyecto de conjuración de los negros? ¿qué peligro nos amenaza? ¿Serás tu uno de los...—No, la interrumpió él con amarga sonrisa: tranquilizaos, Teresa, ningún peligro os amenaza; los esclavos arrastran



pacientemente su cadena: acato todo necesitan para romperla, oir una voz que les grite:==¡sois hombres!==pero esa voz no será la mia, podeis creerlo.--Teresa alargó su mano á Sab, con alguna emocion; él fijó en ella sus ojos y prosigió con tristeza mas tranquila.

Era puro mi amor como el primer rayo del sol en un dia de primavera, puro como el objeto que le inspiraba, pero ya era para mi un tormento insoportable. Cuando Carlota se presentaba en el paseo ó en el templo y yo iba en su seguimiento, observaba todos los ojos fijarse sobre ella y seguia con ansiedad la direccion de los suyos. Si un momento los paraba en algun blanco y gentil caballero, yo suspendido, convulso, queria penetrar á su corazon, sorprender en él un secreto de amor y morir. Si la veia en casa melancólica y pensativa dejar caer el libro que leia, ó el pañuelo que bordaba; si revelaba el movimiento desigual de su pecho una secreta emocion; mil dolores desgarraban el mio, y me decia con furor:==ella siente la

necesidad de amar: bella amará, y no será águila: y no. . .  
 No pude sufrir mucho tiempo aquel estado de agonía: conocí la necesidad de huir de Carlota, y ocultar en la soledad mi amor, mis zelos, y mi desesperación. Vos lo sabeis, Teresa, solicité venir á este ingenio, y hace dos años que me he sepultado en él; volviendo á ver raras veces aquella casa en que pasé dias de tanta felicidad, y de tanta amargura; y aquel objeto adorable, que ha sido mi único amor sobre la tierra: pero lo que no podeis saber, ni yo podré deciros, es cuanto he padecido en estos dos años de voluntaria ausencia. Preguntádselo á esos montes, á este rio, á estas peñas! Sobre ellas he derramado mis lágrimas que el rio arrastraba en su corriente. ¡Oh Teresa! preguntadse- lo tambien á este cielo que ostenta sobre nosotros sus bóvedas eternas: él sabe cuántas veces le rogué me descargase del peso de una existencia que no le habia pedido, ni podia agradecerle: pero siempre habia un muro de bronce interpuesto entre él,

y yo, y el eco de las montañas me volvía los lamentos de dolor, que el cielo no se dignaba acoger.

Una gruesa y ardiente lágrima se desprendió de los ojos de Sab, cayendo sobre la mano de Teresa, que aun retenia en las suyas; y otra lágrima cayó tambien al mismo tiempo y resbaló por la frente del mulato: esta lágrima era de Teresa, que inclinada hacia él le fijaba una mirada de simpatia y compasion.

¡Pobre muger! dijo él, vos tambien habeis padecido! lo sé: los hombres al ver vuestro aspecto frio y vuestro rostro siempre sereno, han creido que ocultabais un corazon insensible, y han dicho acaso:—¡que feliz es!—pero yo, Teresa, yo os he hecho justicia; porque conozco que para ahogar el llanto y disfrazar bajo una frente serena el dolor que despedaza el corazon, es preciso haber sufrido mucho.

Siguió á estas palabras un nuevo intervalo de silencio y luego prosiguió.—Bajo un cielo de fuego, con un corazon de fuego, y condenado á no ser jamas amado, he visto

pasar muchos días de mi estéril y triste juventud. En vano quería apartar á Carlota de mi imaginacion, y apagar la llama insana que me consumia: en todas partes encontraba la misma imagen, á todas llevaba el mismo pensamiento. Si en las auroras de la primavera quería respirar el aire puro de los campos y despertar con toda la naturaleza á la luz primera de un nuevo día, á Carlota veía en la aurora y en el campo: la brisa era su aliento, la luz su mirar, su sonrisa el cielo. De amor me hablaban las aves que cantaban en los bosques, de amor el arroyo que murmuraba á mis pies, y de amor el gran principio de vida que anima al universo.

Si cansado del trabajo venia á la caída del sol á reposar mis miembros á orillas de este río, aquí tambien me aguardaban las mismas ilusiones: porque aquella hora de la tarde, cuando el sinsonte canta girando en torno de su nido, cuando la oscuridad va robando por grados la luz y el color á los campos, aquella hora, Teresa, es la hora de la melancolía y de los

recuerdos. Todos los objetos inspiran una indefinible ternura, y al suspiro de la brisa se mezcla involuntariamente el suspiro del corazón. Entonces veía yo á Carlota aérea y pura vagar por las nubes que doraba el sol en sus últimos rayos, y creía beber en los aromas de la noche el aliento de su boca. ¡Oh! cuantas veces, en mi ciego delirio, he tendido los brazos á aquel fantasma hechicero y le he pedido una palabra de amor, aun cuando á esta palabra hubiese de desplomarse el cielo sobre mi cabeza, ó hundirse la tierra debajo de mis plantas!

—¡Vientos abrasadores del Sur! cuando habeis acudido á mis desesperados clamores, trayendo en vuestras alas las tempestades del cielo, tambien vosotros me habeis visto salir á recibirlos, y mezclar mis gritos á los bramidos del huracan y mis lágrimas á las aguas de la tormenta!—He implorado al rayo y le he atraído en vano sobre mi cabeza: junto á mi ha caído, tronchada por él, la altiva palma, reina de los campos, y ha quedado en pie el hijo

del infortunio!—y ha pasado la tempestad de la naturaleza y no ha pasado nunca la de su corazón!

¡Oh Sab, pobre Sab! ¡cuanto has padecido, exclamó conmovida Teresa, ¡cuan digno es de mejor suerte un corazón que sabe amar como el tuyo!—Soy muy desgraciado, es verdad, respondiéndola con voz sombría: vos no lo sabeis todo; no sabeis que ha habido momentos en que la desesperación ha podido hacerme criminal. Si, vos no sabeis que culpables deseos he formado, que sueños de cruel felicidad han salido de mi cabeza abrasada... arrebatarme á Carlota de los brazos de su padre, arrancarla de esa sociedad que se interpone entre los dos, huir á los desiertos llevando en mis brazos á ese ángel de inocencia y de amor... ¡oh, no es esto todo! He pensado también en armar contra nuestros opresores, los brazos encadenados de sus víctimas; arrojar en medio de ellos el terrible grito de libertad y venganza; bañarme en sangre de blancos; hollar con mis pies sus cadáveres y sus leyes y pe-

recer yo mismo entre sus ruinas, con tal de llevar á Carlota á mi sepulcro: por que la vida ó la muerte, el cielo ó el infierno.... todo era igual para mí si ella estaba conmigo.

Otro nuevo intervalo de silencio sucedió á estas palabras. Sab parecía haber caído en profundo enagenamiento y Teresa, fijos en él los ojos, sentía en su corazón nuevas y extraordinarias sensaciones. Teresa, que jamás había oído de la boca de un hombre la declaración de una pasión vehemente, hallábase entonces como fascinada por el poder de aquel amor inmenso, incontrastable, cuya fogosa expresión acababa de oír. Había algo de contagioso en las pasiones terribles del hombre con quien se hallaba: acaso el aire que respiraba saliendo encendido de su pecho, se estendía quemando cuanto encontraba. Teresa temblaba, y una sensación muy extraordinaria se apoderó entonces de su corazón: olvidaba el color y la clase de Sab; veía sus ojos llenos del fuego que le devoraba; oía su acento que salía del co-

:

razon trémulo, ardiente, penetrante, y acaso no envidió ya tanto á Carlota su hermosura y la felicidad de ser esposa de Enrique, como la gloria de haber inspirado una pasión como aquella. Parecióle también que ella era capaz de amar del mismo modo y que un corazón como el de Sab era aquel que el suyo necesitaba.

El mulato, que absorto en sus pensamientos apenas atendía á ella, levantó por fin la cabeza y tomó otra vez la palabra, con mas tranquilidad.

En las pocas veces que iba á Puerto-Príncipe apenas veía á Carlota, pero interrogaba á todas sus criadas con mal disimulada ansiedad, deseando saber el estado de su corazón y temblando siempre de conseguirlo; pero mis temores quedaban desvanecidos. Belén, su esclava favorita como sabeis, me decia que aunque Carlota era el objeto de mil obsequios y pretensiones, no concedía á ningún hombre la mas ligera preferencia: solía añadir que su joven ama repugnaba el matri-



monio y no escuchaba sin llorar, la menor insinuacion que respecto á esto la dirijia su padre. Tantas veces me fueron repetidas estas dulces palabras que mis inquietudes se disipaban por fin poco á poco y.... ¿osaré confesarlo, Teresa? solo á vos, á vos únicamente podia hacer la penosa confesion de mi insensato orgullo. ¡Me atreví á formar absurdas suposiciones! Osé creer que aquella muger cuya alma era tan pura, tan apasionada, no encontraría en ningun hombre el alma que fuese digna de la suya: me persuadi que un secreto instinto, revelándole que no existia en todo el universo mas que una que fuese capaz de amarla y comprenderla, la habia tambien instruido de que se encerraba en el cuerpo de un ser degradado, proscripto por la sociedad, envilecido por los hombres..... y Carlota, condenada á no amar sobre la tierra, guardaba su alma virgen para el cielo: ¡para aquella otra vida donde el amor es eterno y la felicidad inmensa! donde hay igualdad y justicia, y donde las almas que en la tierra fueron separadas por los hom-



bres, se reunirán en el seno de Dios por toda la eternidad.

¡Oh delirio de un corazón abrasado! á ti debo los únicos momentos de felicidad que después de cuatro años haya experimentado!

Una de las veces que estuve en la ciudad, no pude ver á Carlota aunque permanecí tres días con este objeto.—Belén me dijo que la señorita apenas salía de su cuarto; que se hallaba ligeramente indispuesta y muy triste, y reusaba recibir hasta vuestras visitas, Teresa, y las de sus parientas. Según me ha confesado después nadie ignoraba en la casa el motivo de su tristeza: su mano había sido reusada á Enrique Otway: pero entonces nadie me comunicó estas noticias. A pesar de lo impenetrable que yo creía mi secreto Belén lo había adivinado, y según me ha dicho después ella rogó á las esclavas no hablar en mi presencia de los amores de la señorita. Inquieto con lo que se me decía de su poca salud y no logrando verla, pasaba las noches pegado á la ventana de

su cuarto que dá sobre el patio, y allí me encontraba la aurora, contento si en el silencio de la noche habia podido percibir un suspiro, un movimiento de Carlota.

La última noche que pasé en la ciudad, estando mas atento que nunca al mas leve rumor que se sentía en aquella habitacion querida, ya muy avanzada la noche creí oír andar á Carlota, y poco despues aproximarse á la ventana contra la cual estaba apoyado: redoblé entonces mi atencion y oí distintamente su dulce voz. Sabiendo que dormia sola causóme admiracion y poniendo toda mi alma en el oído, para entender lo que decia, conocí en breve que estaba leyendo. Era sin duda el libro de los evangelios el que ocupaba su atencion, pues despues de haber leído algunos minutos en voz baja, que no permitía oír distintamente las palabras, profirió por fin mas alto.—“Venid á mi los que esteis cargados y fatigados, y yo os aliviare.”=(1).

---

(1) Evangelio de San Mateo, capitulo 12.

Después de estas tiernas y consoladoras palabras, que repitió dos veces, dejé de oír la argentina voz y solo pude percibir algunos suspiros. Trémulo, conmovido hasta lo mas profundo del alma, repetía yo interiormente las palabras de consuelo que habia oído, y parecíame insensato que á mi habian sido dirigidas. Súbitamente sentí descorrer el cerrojo de la ventana, y apenas tuve tiempo de ocultarme detras del rosal que la da sombra, cuando apareció Carlota. A pesar de ser la noche una de las mas frescas del mes de noviembre, no tenia abrigo ninguno en la cabeza, cuyos hermosos cabellos flotaban en multitud de rizos sobre su pecho y espalda. Su traje era una bata blancuísima; y la palidez de su rostro y el brillo de sus ojos humedecidos, daban á toda su figura algo de aéreo y sobrenatural. La luna en su plenitud colgaba del azul mate del firmamento, como una lámpara circular, y riaban sus rayos entonces sobre la frente virginal de aquella melancólica hermosura.

Yo me arrastré por tierra hasta colocarme otra vez junto á la ventana, y de pecho contra el suelo mis ojos y mi corazón se fijaron en Carlota. También ella parecía agitada, y un minuto después la ví caer de rodillas junto á la reja: entonces estábamos tan cerca que pude besar un canto de la cinta que ceñía la bata á su cintura, y que colgaba fuera de la reja, mientras apoyaba en ella sus dos hermosos brazos y su cabeza de ángel. Permaneció un momento en esta postura, durante el cual yo sentía mi corazón que me ahogaba, y abría mis secos labios para recoger ávidamente el aire que ella respiraba. Luego levantó lentamente la cabeza y sus ojos, llenos de lágrimas, tomaron naturalmente la dirección del cielo. ¡Parecíame verla aun! sus manos desprendiéndose de la reja se elevaron también y la luz de la luna, que bañaba su frente, parecía formar en torno suyo una aureola celestial. ¡Jamás se ha ofrecido á las miradas de los hombres tan divina hermosura! Nada había de terrestre y mortal

en aquella figura: era un ángel que iba á volar al cielo abierto ya para recibirle, y estuve próximo á gritarle:—detente! aguardame! dejaré sobre la tierra esta vil corteza y mi alma te seguirá.

La voz de Carlota, que sonó en mis oídos mas dulce, mas aérea que la voz de los querubines, ahogó en mis labios esta imprudente exclamacion.—¡Oh tú, decia ella; tu, que has dicho—venid á mi todos los que esteis fatigados y yo os aliviaré:—recibe mi alma que se dirige á ti, para que la descargues del dolor que la oprime.—Yo uní mis preces á las tuyas, Teresa; y en lo íntimo de mi corazón repetí con ella.—Recibe mi alma que se dirige á ti.—Yo creia sin duda que ambos íbamos á morir en aquel momento y á presentarnos juntos ante el Dios de amor y de misericordia. Un sentimiento confuso de felicidad vaga, indefinible, celestial, llenó mi alma, elevándola á un éxtasis sublime de amor divino y de amor humano; á un éxtasis inesplicable en el que Dios y Carlota se confundían en mi alma.

Sacóme de él el ruido estrepitoso de un cerrojo: busqué á Carlota y ya no la ví: la ventana estaba cerrada, y el cielo y el ángel habian desaparecido. ¡ Volví á encontrar solamente al miserable esclavo, apretando contra la tierra un corazon abrasado de amor, zelos y desesperacion !

